

## El Derrumbe del Modelo

Alberto Mayol  
GT 27

Desde la dictadura de Pinochet (1973-1990) en Chile se definió un modelo que fue llamado “economía social de mercado”, aunque en rigor consistía en el modelo más radicalmente libremercadista y privatizador que ha conocido la historia de la economía. La matriz productiva se definió como exportadora de materias primas. La relación del modelo económico con el Estado articuló a éste como subsidiario, es decir, interviniendo con posterioridad a los ‘defectos de mercado’ intentando evitar problemas sociales graves con los fondos públicos. Para esto se asumió que el gasto focalizado sería la clave de la justicia social, pues así se otorgaban los recursos públicos a los más pobres. No declaradamente, pero sí en la práctica, el Estado otorgó un enorme poder económico a los productores intensivos de capital, los grandes grupos económicos y grandes empresas, que obtenían apoyo estatal para sus emprendimientos (bancos y universidades en el Crédito con Aval del Estado, constructoras en las concesiones de carreteras, apoyo a exportadores, ausencia de exigencias ambientales relevantes a proyectos intensivos en destrucción del entorno). El modelo económico tenía además siempre un punto de anudamiento final: el sistema financiero y la bolsa de comercio. Todos los mercados, en el ideal, debían terminar arribando a ese sitio. Este modelo es, en sus fundamentos y sus consecuencias, un modelo insensible a la igualdad.

El modelo chileno se ha orientado a producir mercados allí donde pudiera ingresar algo de su savia. La economía de mercado debía recorrer la sociedad entera. Las calles han sido convertidas en un mercado, la educación, la salud, la energía, el agua, las telecomunicaciones, las pensiones, los equipos de fútbol, en fin, todos son mercados. Durante veinte años hemos sido testigos de la conversión de cada bien privado o público en un área mercantil. El proceso de privatizaciones es sólo la superficie de una evolución mucho más profunda y compleja. Todos los estímulos y diseños se han orientado a construir robustos mercados, luego a consolidarlos y finalmente a impedir que exista cualquier particularidad que vaya más allá de la lógica del funcionamiento propiamente mercantil.

Por sobre todos los mercados, uno solo se constituye en posición predominante, convirtiéndose en el mar donde van a dar los ríos. Tan imponente como el mar, pero más veloz en sus traslados, es el mercado de capitales el gran protagonista de esta historia. Los mercados que más crecen son los que se entroncan con el mercado financiero, donde desaparece el dinero y aparece el capital, multiplicándose sobre sí mismo, en un homenaje a otro hombre antiguo, Onán Urra, segundo hijo de Judá, recordado por las artes masturbatorias, por llevar el amor a la mera biología del placer, emblema máximo de la retroalimentación.

En este modelo el consumo es el motor de la economía. No obstante Chile se declara un país exportador, hay un lado del modelo que no queda explicado con las meras definiciones. Es cierto que nuestra economía se ha definido como ‘economía de libre mercado’ o ‘economía social de mercado’, donde queda explícitamente planteada la centralidad de los mercados. Pero en general esa mirada describe la relación con los mercados externos, ya que a nivel de mercados internos el rasgo que define la relación consumidor/empresas es el de relación oligopólica, donde los consumidores se enfrentan a mercados desregulados por el Estado y regulados por los principales actores.

La forma en que los mercados fueron construidos es decisiva para entender el funcionamiento del modelo económico en Chile. La arquitectura de los grupos económicos chilenos se basa en la integración vertical, es decir, la presencia de un mismo inversionista en distintos mercados conectados entre sí: es conveniente recorrer desde el mercado de la minería a las corredoras de bolsa, o avanzar desde los bancos a las financieras, los fondos de pensiones, los seguros y llegar hacia las aseguradoras

de salud, clínicas, farmacias, universidades e inmobiliarias. Cuando se puede trazar un camino de un grupo económico desde una dimensión de mercado a otra, es claro que esa ruta resulta conveniente de recorrer no sólo desde la comodidad de la mente, sino además gracias a los vasos comunicantes que es posible ir construyendo y consolidando entre las distintas industrias. Hay usos de esta forma de integración que son ilegales e indudablemente deben ser combatidos con más decisión (no se debe olvidar que en Chile se descubrió que empresas de salud entregaban información de los pacientes a las farmacias), pero hay otros que aun siendo legales, dejan en evidencia la distorsionada relación entre el consumidor (o trabajador) y las empresas, que en la integración vertical incrementan su poder de acción.

Pero el corazón cotidiano del sistema es la deuda. Anclada en el día a día, ella permite que los bajos sueldos sean coherentes con un alto consumo y que el mercado de capitales encuentre siempre donde (literalmente) colocarse.

El ritmo de crecimiento de la deuda parece tener más explicaciones en la oferta de capital disponible que en la demanda de dinero para consumir. No sólo es evidente en el día a día con el hecho que son los bancos los que suelen llamar a las personas, sino además es cuestión de ver los ritmos. La deuda de los hogares crece en un ritmo muy semejante al aumento del capital en Chile.

El vínculo entre el sistema financiero y la sociedad se da fundamentalmente a partir del crédito y del pago de las imposiciones para la pensión. Funcionando las pensiones bajo un sistema privado y basada en una lógica de capitalización individual, donde la bolsa de comercio es decisiva; las conexiones de los ciudadanos con el dinámico mundo financiero se basan en su endeudamiento, donde el capital se reproduce con los intereses que paga el consumidor; y con sus inversiones para obtener mejores pensiones en la vejez. Este segundo vínculo finalmente ejecuta la misma labor: si se analizan los números y asumiendo que más de la mitad de los cotizantes no llegarán a una pensión mínima, resultará evidente que el foco nunca estuvo en producir un sistema viable de pensiones. En cambio, donde el sistema sí funciona formidablemente es en la bolsa de comercio, siendo las inversiones de las Administradoras de Fondos de Pensiones los principales protagonistas del mundo financiero. Es decir, también el sistema de AFPs es un modelo de reproducción del capital.

Todo modelo de sociedad tiene un alma, que es una forma de decir que favorece ciertas conductas, que porta ciertos valores, que prescribe y proscribte gestos y símbolos, que adora ciertos ídolos, que construye panteones con sus dioses y que recorre la cotidianeidad con sus formas de vida. Todo modelo de sociedad aspira a constituirse en un orden. Por cierto, parte del espíritu de la economía social de mercado ha sido la cultura del emprendimiento. Bajo esta doctrina, el éxito (bien superior del modelo) se explica necesariamente por la actitud emprendedora, que puede tomar diferentes formas, pero siempre es una misma y universal. Aunque el emprendimiento es actitudinal, se aprende. Y se enseña (y se cobra por enseñarlo, pues también es mercancía).

El emprendimiento se ha convertido en el revestimiento ético del modelo y en su recurso explicativo. Si alguien ha triunfado, ha de haber sido emprendedor. Si ha fracasado, debe aprender más sobre emprendimiento. Es una lógica circular que, como tal, no falla nunca porque tampoco acierta. El emprendimiento es un imperativo ético del Chile neoliberal. Pero ante todo es el lado socialmente presentable del espíritu del modelo, es el rasgo a destacar. Sin embargo, el modelo tiene innegables sombras espirituales. Su listado es abundante y se relaciona con la competitividad llevada fuera del mercado, con la exigencia de éxito y felicidad, con la presión enorme de integrarse vía consumo. Sin embargo, son dos rasgos los que profundizaremos como señales de la sombra del modelo, como ese lado difícil de reconocer como existente, pero que es un principio sólido y activo.

Una de las sombras del modelo es que en rigor odia las reglas, los principios normativos, legales o éticos. Sólo le importa el éxito. Ayudar es de imbéciles ('cooperó' aprendimos a decir en Chile para señalar a un ingenuo y derrotado), tener éxito permite prescindir del análisis sobre la validez o corrección de los medios ('la hizo' decimos cuando queremos legitimar un acto inadecuado por la fuerza del resultado). Este modelo destruyó las instituciones porque odia cualquier cosa sagrada que no

sea su funcionamiento, destruyó a las personas y su psique porque odia los reparos, la lentitud atávica del ser humano, quiere fluir y ser más y separarse del principio de determinación que supone la realidad. En el mundo de las ideas del libremercado sólo hay dinamismo y desarrollo. Toda otra consideración es irrelevante. Los chilenos pueden estar suicidándose el doble, pueden estar deprimidos, estresados, presionados, pero el modelo habla a su oído y les dice que pueden salvarse, que pueden hacer el camino solos, que todos os demás se hundirán y que ellos se salvarán, que la compra de la siguiente lavadora todo o resolverá.

El malestar fue un torrente durante el año 2011. Se desplegó intensa y claramente, removió viejas estructuras y liberó de antiguas ataduras. La gran inquietud que surgió en 2011 fue: ¿desde dónde viene este malestar? Y las primeras respuestas que se ensayaron se fundamentaron en la necesidad de señalar que nada de esto tenía que ver con el modo en el que estábamos viviendo, sino con causas colaterales. Había que pensar que por causas colaterales la gente se suicidaba, por causas colaterales la gente se sometía a los antidepressivos, por causas colaterales un millón doscientas mil personas marcharon en una semana en agosto en todo Chile, por causas colaterales la ciudadanía apoyó en un 90% a los estudiantes, todo junto eran causas colaterales.

El 2011 fue el momento en que los estudiantes (primero) y la sociedad (después) usurparon poder para sus propias voces, en vez de delegarlo. La clase política se había ido homologando a la clase empresarial. Primero los empresarios amaron a Lagos, luego definitivamente lograron que un empresario llegara al palacio de gobierno. Se pasó del amor a la suplantación. Por eso, cuando las calles mostraron eficacia al sacar poder desde el lugar donde estaba concentrado, cuando mostraron que eran capaces de llevarlo a la ciudadanía; cuando esto aconteció, se produjo un gran revuelo. Y es que quitar el poder a los empresarios tiene todo el impacto que tuvo Prometeo cuando les robó el fuego a los dioses. Y es que claro, en Chile todo el fuego estaba en pocas manos. Quizás por eso este ciclo de movilizaciones comenzó con un proyecto energético (Hidroaysén). Y no sería extraño que este proceso termine cuando se intente construir efectivamente esa obra y, a pesar de todos los permisos institucionales, no sea posible. Y es que las sociedades son a veces como las conversaciones, que comienzan donde terminan. Y si comenzamos por Hidroaysén, quizás terminemos allí.

Es cierto que una crisis no necesariamente termina con un modelo de sociedad. Es cierto que hay que llamar a la prudencia para que nos inspire en los diagnósticos. Es cierto que este modelo gozaba de enormes articulaciones de poder que lo hacían casi invulnerable. Es cierto que estaba libre de todo cuestionamiento y que eso era una demostración infinita de poder. Pero había un problema. Si el modelo había desplegado toda su energía en evitar toda impugnación, la aparición estructural de ella necesariamente implica su derrota, pues significa que toda su energía no fue bastante para evitar que existiera la voz de la disidencia.

Sólo en la fantasía, en la analgesia y en la evasión podía la sociedad tolerar la forma en que la economía dibujaba lo social. El retorno de la política y la configuración del principio de ciudadanía destruyeron los velos que cubrían nuestros rostros. No sólo quedó el malestar desnudo, sino además su objeto: el abuso, la impunidad, el uso económico del abuso. Desnudo quedó entonces el lucro. Y en esa palabra se condensó todo lo que significaba el modelo de la economía de mercado.

El modelo de economía social de mercado se resquebrajó solo, no vimos venir su caída. De hecho, fue al contrario, todo parecía indicar el arribo de su apoteosis. Hoy vemos en las aceras sus residuos y resuena en nuestra mente el fantasma, tantas veces escondido en Chile, de la democracia. La caída del modelo es un asunto ante todo político. El Chile actual está marcado por el cuestionamiento al lucro y a su padre fundador: la sociedad de mercado. Cuando todo parecía dicho, apreció el espíritu de la historia y devastó el territorio de los exitosos dominantes, ofreciendo una nueva posibilidad a la igualdad.

La utopía de todo empresario es poder pagar poco a sus trabajadores y vivir en un lugar donde los demás empresarios le pagan mucho a los suyos, de modo tal que haya una fuerte presión desde la demanda. ¿Cómo generar las condiciones para que sea viable algo semejante a esta utopía empresarial? La solución, que no es de muy largo plazo, existe. La búsqueda de producir lejos del lugar de la venta,

en países con escasa protección a los trabajadores, ayuda. Pero no es suficiente. También se puede generar empleo precario en diversas formas, fomentar el autoempleo (el discurso del emprendimiento ayuda) y generar una mayor penetración del endeudamiento en el grueso de la población. Para eso se requiere un fuerte mercado de capitales, por cierto, que genera ausencia de riesgos a nivel macro. En el caso chileno, la dictadura ha operado como reducción de costos del trabajo: destrucción de sindicatos, aumento del autoempleo, fuerte trabajo precario, explosión en la subcontratación, entre otras acciones<sup>ii</sup>. La tendencia creciente al endeudamiento por consumo es la clave de la activación económica de Chile en los últimos años.

Chile es el país latinoamericano que más metros cuadrados de mall tiene por habitante<sup>iii</sup>. Según señala un informe de Colliers<sup>iv</sup>, en Santiago, donde ya hay 1.250.640 metros cuadrados de centros comerciales; 1.826.320 si se suma los centros menores que combinan locales ancla como supermercados y de mejora del hogar<sup>v</sup>. Se prevé que aumentará durante los próximos años hasta quedarse sin espacio disponible en 2017. Desde los años 80 se han construido 150 malls en todo Chile, que reciben 27 millones de visitas mensuales<sup>vi</sup>.

El crecimiento de la industria ha sido mínimo, mientras que el consumo es el dinamizador del crecimiento chileno. Las mejoras en la explotación de materias primas se han derivado del aumento de los términos de intercambio por el fantástico aumento del precio del cobre. El sector retail se ha convertido en el corazón no sólo económico, sino cultural del modelo chileno. Los centros comerciales, hipermercados, multitiendas y tiendas para el hogar se han multiplicado, llegando a todas las ciudades e incluso a pequeños poblados. La construcción de un enorme centro comercial en la zona autóctona de la ciudad de Castro en la isla de Chiloé, afectando patrimonios culturales, tenía como principales defensores a los mismos habitantes de la ciudad, que veían la llegada de la modernidad en dicha obra. En este sentido, el gran triunfo del empresariado fue haber conquistado el sentido común de la población, es decir, haber construido hegemonía.

Los intereses de los grandes empresarios se habían transformado de poder fáctico a poder instituido. Mientras los estudiantes que protestaron en 2011 se demoraron 5 meses en conseguir una audiencia con el Presidente de la República Sebastián Piñera, quien simplemente cedió cuando una concentración realizada por el movimiento condujo a un quinto de la población de la capital, Santiago, a un parque en agosto de 2011; los empresarios pudieron reunirse apenas se señaló que se haría una reforma tributaria (que terminó en un mero ajuste tributario) que estaba destinada a aumentar los fondos para educación. Los procedimientos de reunión entre clase política y empresariado se habían hecho constantes: reuniones en el Centro de Estudios Públicos, financiado por la familia Matte; reuniones en el Encuentro Nacional de Empresarios, organizado por un gremio de grandes empresarios, instancias todas con el mismo propósito: la coordinación constante entre las medidas políticas y los requerimientos del sistema financiero y del gran empresariado. Uno de los puntos más importantes de esa coordinación se produce en la fijación de la que es llamada la “tasa máxima convencional”. Y es que, aun cuando la tasa de interés se fija libremente en la negociación entre las partes, se establece un máximo por parte de la Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras (SBIF). En Chile esta tasa ha fluctuado normalmente en el orden del 50% anual de interés por sobre el promedio de las tasas que efectivamente se pagan en el mercado. Como se puede apreciar, la autorización para cobrar intereses puede llegar sobre el 70% anual. Esta tasa, en la práctica, rige fundamentalmente en las tarjetas de crédito y especialmente en las de casas comerciales, pues en ellas es habitual que los clientes desconozcan las condiciones de los intereses y se guíen por información insuficiente. La evolución de la “tasa máxima convencional” revela que la transferencia del riesgo se hace siempre a los consumidores, como en la crisis de 2008, que no golpeó a Chile de modo significativo, no obstante implicó un aumento enorme de la tasa; y revela además que ella representa una ausencia de regulación más que su presencia, pues al establecer un máximo pareciera ser un mecanismo de control de los posibles abusos a los consumidores, sin embargo, con intereses aceptados que pueden superar el 70% anual, no es viable

pensar que se trata de una protección. Por lo demás, las tasas de morosidad en Chile son bajas, por lo que ninguna evaluación de riesgo explica estos intereses.

La relación entre sistema financiero y sociedad se ha ido revelando contradictoria en sus intereses. La palabra ‘abuso’ comenzó a aparecer en los últimos diez años de la política chilena para referir, por parte de los ciudadanos, el tipo de relación (sádica) con el mundo del consumo y el crédito. La sensación de malestar fue creciente y llegó tan lejos que se propuso y finalmente se institucionalizó un Servicio Nacional del Consumidor específico para el ámbito financiero (SERNAC financiero). Todo esto se tornaba esencial en la medida que la deuda era crecientemente relevante en la vida cotidiana de las personas y en la estructura de generación de riqueza en las empresas chilenas.

En Chile más del 60% del sueldo es destinado al pago de alguna deuda, pudiendo ser ésta comercial, hipotecaria o de consumo. Y esta cifra aumenta en los sectores de bajos ingresos<sup>vii</sup>. El Banco Central señalaviii que, entre 2000 y 2009, la deuda de los hogares creció a una tasa promedio de 12,8% real anual, lo que ha significado un aumento de la relación a deuda a ingreso de 35,4 a 59,9%. La deuda de consumo creció a una tasa del 14% real anual, y la hipotecaria del 12% real anual mientras, la economía creció 3,6% en promedio en el periodo, con lo que la deuda aumentó de 22 a 39% del PIB.

Pocos logran pagar esas deudas a tiempo, pues el resto de los ingresos no permitirían costear los demás gastos que se generan en el día a día (alimentación, transporte, salud, etc.) por lo que la deuda se transfiere al mes siguiente, aumentando los intereses y sumándose a nuevas deudas adquiridas.

En 2006, existía en Chile un total de 29 millones de tarjetas no bancarias circulando, para una población activa de 6,5 millones de personas lo cual da, como promedio, un total de tres tarjetas comerciales por individuo<sup>ix</sup>.

El sistema financiero y las grandes inversiones de los grupos empresariales han sido fundamentales para entender el ciclo político actual en Chile. Las primeras movilizaciones se produjeron por proyectos energéticos que dañaban ecosistemas delicados. Ocurrió con Central Castilla y luego con Hidroaysén, el más grande de los proyectos energéticos orientado a producir energía en la Patagonia chilena y trasladarla más de 2000 kilómetros hacia el centro del país, para poder derivar así energía producida en el centro a las mineras del norte. El siguiente conflicto se desencadenó en educación, donde la causa fundamental de la capacidad de generalizar los valores de los estudiantes en el resto de la población fue la crisis de deuda que el sistema privatizado implica. En Chile, el 22% del gasto en hogares se destina a educación. Es el porcentaje más alto del mundo, casi duplicando a Corea del Sur y cuadruplicando a la mayor parte de los países<sup>x</sup>. Fue también representativo que al inicio del movimiento estudiantil chileno, una universidad privada sin grupo controlador y en manos de sus académicos, la Universidad Central, fue vendida a un inversionista privado. Los estudiantes produjeron una crisis de gran envergadura y la universidad finalmente no se vendió. Las consignas del movimiento se centraban en la reivindicación de la educación como derecho universal: educación gratuita para todos. Pero además surgió la frase “no al lucro”, que emanó originalmente como denuncia porque las universidades privadas tienen prohibido retirar excedentes y lo estaban haciendo a través de empresas relacionadas. La frase de los estudiantes se transformó en un ícono de la época, pasando a ser más que una denuncia educativa y simbolizando en la noción de “lucro” el abuso económico en todas sus formas. Es decir, se comenzó a asumir que la utilidad de unos estaba basada en el perjuicio de otros. La escena económica quedó deslegitimada y las movilizaciones superaron las cuestiones educativas<sup>xi</sup>.

De hecho, el momento clave del movimiento estudiantil se produce con la aparición de una denuncia a una tienda por departamentos, la que se había especializado en vender a sectores de la sociedad cuyos ingresos son medios y bajos. La empresa se llama “La Polar” y fue por muchos años la compañía estrella de la Bolsa de Comercio de Santiago, sistemáticamente premiada por un modelo de negocios orientado a los segmentos con menos recursos. Sin embargo, en 2011 fue denunciada por un abogado que a partir de datos públicos en Internet pudo notar que el negocio de la compañía estaba centrado en repactaciones unilaterales de las deudas. Es decir, inmediatamente que alguien cesaba su pago de cuotas de una deuda, la compañía establecía unilateralmente una repactación, evitando que el deudor

apareciera como moroso (y valorizando más a la compañía con ello), al tiempo que aumentando significativamente el monto de la deuda. La compañía abusaba de sus deudores y engañaba a los inversionistas que estuvieran fuera del directorio. La fiscalización quedó en tela de juicio, pues la Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras (SBIF) nunca dijo nada durante años, en circunstancia que los datos que ella publicaba permitían observar fácilmente las irregularidades. Los agentes de bolsa y las empresas especializadas, incluyendo Price Waterhouse, tampoco notaron los problemas, revelando la prescindencia respecto a las perversiones del funcionamiento de los modelos de negocio financieros.

La unilateralidad de los cambios en contratos, práctica creciente en las empresas, pasó a estar en el centro de la discusión desde 2011, al tiempo que el abuso de información en los procesos crediticios ha llevado a sanciones judiciales o comunicacionales a diversas compañías. Incluso en Banco del Estado, entidad pública que desde su reforma a principios del siglo XXI funciona igual que un banco privado, otorgando productos y buscando rentabilidad, fue sancionado en tribunales por la unilateralidad en el cambio de contratos. Las empresas consideraron que bastaba informar con anticipación los cambios en los cobros para que se presumiera la aceptación de la contraparte.

El caso “La Polar”, aconteciendo al mismo tiempo que el movimiento estudiantil, desnudó la dimensión económica como un escenario de abuso. Los sistemas crediticios para la educación se revelaron abusivos en intereses para los estudiantes y en costos para el Estado, pero eso fue sólo el comienzo de los descubrimientos. Los tribunales se llenaron de denuncias a las empresas. Las ISAPRE, entidades de seguros privados que reciben cotizaciones de los trabajadores para proveer salud, fueron demandadas por miles de chilenos y los tribunales se llenaron de recursos en contra de empresas, ya sea por cobros abusivos, prácticas inapropiadas o incluso en contra de proyectos inmobiliarios, mineros o plantas industriales y energéticas<sup>xii</sup>. Y lentamente lo que era legal años atrás comenzó a cambiar. Los fallos de los tribunales comenzaron a dar la razón a los ciudadanos. En el ámbito periodístico se les ha llamado “supremazos”, en relación al pronunciamiento, polémico y en última instancia de la Corte Suprema de Justicia en contra de grandes compañías. Los hitos más relevantes han sido:

el fallo contra la central termoeléctrica Castilla (la que se había aprobado excepcionalmente por un comité de ministros ad hoc, saltándose a la institucionalidad ambiental),

el fallo contra Cencosud (empresa de retail de propiedad de Horst Paulmann) por aumento unilateral de cobros (que terminó costando la caída del candidato presidencial de derecha Laurence Golborne, quien era gerente general de la compañía cuando esta medida fue tomada),

el fallo contra la central termoeléctrica Campiche, del gigante energético Gener, que había superado todos los procesos de evaluación ambiental.

el fallo en contra de las empresas de seguros de salud chilenas (ISAPRE) en relación al aumento unilateral de costos y cambio de condiciones de los planes.

el fallo que ordena dar transparencia a las auditorías y fiscalizaciones de las instituciones financieras por parte de la superintendencia del sector, la SBIF,

la causa por generación de cobros unilaterales en contra del Banco de Estado de Chile también fue emblemática, obligando al banco público a aceptar las condiciones de la negociación propuesta por la contraparte, una asociación de consumidores. El acuerdo se logra cuando el banco asume que, por otro fallo semejante (el de Cencosud), hay certeza que el banco será derrotado.

En el mundo empresarial, la acción de la Corte Suprema ha sido recibida con estupor primero y lamentos después. Un reportaje de la Revista Capital, uno de los principales órganos de comunicación dentro de la opinión pública especializada en asuntos de economía y negocios, lo deja al desnudo cuando señala:

En las isapres, la energía, la banca o el retail. Casi a diario, la Corte Suprema de Chile sorprende con fallos que impactan al bolsillo de todos. De supremazo en supremazo, el máximo tribunal está dictando sentencias que suponen un golpe a las prácticas del mercado, lo que tiene al mundo legal y empresarial cada vez más atento a sus actuaciones. A juicio de diferentes expertos, el alto tribunal está realizando

interpretaciones amplias en varios términos... Este nuevo escenario ha llevado a que en el mundo legal exista hoy una fuerte controversia en torno a si estas sentencias pueden generar o no el riesgo de que se produzcan trastornos de trascendencia en el orden público-económico del país.

Algunos no titubean en hablar de activismo judicial y de politización de la Corte.<sup>xiii</sup>

Pero la Corte Suprema no ha sido vanguardia en este proceso. Simplemente ha estado atenta y se ha adaptado a tiempos críticos en los que las denuncias crecen cuando se trata de combatir los abusos en el mercado. Igual rol ha asumido la Iglesia católica, ahora reticente al apoyo del empresariado, enviando cartas pastorales con claras críticas a la desigualdad y la sociedad de mercado. Lo que está detrás es lo que se ha terminado por llamar “la calle”, esto es, los movimientos sociales y sus demandas de fin de los abusos, además de nuevos derechos sociales, políticos y económicos. Es el ciclo de movilizaciones el que ha generado un aumento en el poder efectivo de los ciudadanos, lo que ha redundado en una mayor capacidad de presión y negociación en las relaciones entre ciudadanía y gran empresa. El sistema político ha dejado de ostentar el monopolio de la agenda de los medios y ya no puede ser la forma de legitimar las necesidades del mundo empresarial para transformarlas en leyes o políticas públicas.

De este modo, el proceso de movilización social que acompaña la realidad chilena desde 2011 está basado en una fuerte impugnación a las relaciones entre ciudadanía y capital. Esta contradicción se ha ampliado desde las primeras tensiones entre trabajo y capital. Ahora la explotación es dimensionada en ambientes de consumo, en el marco de relaciones comerciales recíprocas como son los contratos de deuda y además en el trabajo. Pero se ha agregado el impacto que los proyectos económicos tienen en la calidad de vida. La comuna de Freirina, de 6000 habitantes, rechazó el funcionamiento del proyecto más grande del mundo en crianza de cerdos para la industria alimentaria. En la pequeña comuna en medio del desierto, se instaló una planta para dos millones de cerdos. Por la evidente falta de agua en la zona, la cercanía con el pueblo y la falta de inversión en ventiladores, el pueblo se tornó invivible, con un olor nauseabundo en las calles y dentro de las casas. En un hecho inédito en Chile, la planta cuya inversión había costado US\$500 millones se cerró por la potencia de las protestas, que prefirieron eliminar la principal fuente de empleo de la zona, que soportar una calidad de vida como la existente. Las protestas en Calama, principal ciudad minera del país, derivaron en bonos sindicales para los trabajadores que superaron dos veces el ingreso por persona de un año en Chile. Hubo que comprar la ausencia de conflicto y eso fue imitado por diversas compañías mineras, incluso llegando a cifras mayores.

El ciclo de movilizaciones ha tenido numerosas apariciones en los sectores menos relevantes para la política nacional, esto es, lejos de las grandes ciudades. En la Patagonia hubo conflictos tanto en Magallanes como en Aysén. En la zona mapuche los conflictos han sido sistemáticos y se relacionan intensamente con la pobreza de una zona donde, no obstante, se produce parte importante del PIB chileno por la influencia del sector forestal.

En definitiva, es posible señalar que el escenario que se ha configurado en Chile es una crítica radical a los aspectos políticos más fundamentales del modelo económico establecido en Chile: el predominio de la inversión sobre otras variables, la importancia de los grupos económicos derivada de ello y la protección o fomento (según sea el caso) de la clase capitalista. Y es justamente a este poder económico transformado en poder político a partir de dos coaliciones que han defendido el modelo económico (desde el Partido Socialista hasta la derecha extrema), a lo que los chilenos han nombrado con el rótulo de ‘abuso’ y que han transformado en un nuevo imperativo categórico: “no al lucro”.

El proceso de transformación no se produjo por la capacidad creciente de los movimientos sociales para impugnar el orden. Todo movimiento social debe ser descrito o como síntoma, o como catalizador o como causa activa de las transformaciones que les acompañan. En el caso chileno los movimientos nacieron como síntoma de la incapacidad de legitimar las decisiones por parte del sistema político. En la medida que se fortalece, el movimiento logra transformarse en catalizador de un proceso de degradación del orden postdictatorial. Pero de ninguna manera es pensable que la era de

transformaciones que hoy vive Chile se deba a la labor de los movimientos sociales. Lo que falló, por el contrario, fue la capacidad hegemónica de las instituciones oficiales. La crisis de la legitimidad de las instituciones se desnudó en la medida que las movilizaciones crecieron, operando como catalizadoras del malestar social acumulado. Ha habido una caída de confianza de varias instituciones relevantes en Chile.

En el marco de las movilizaciones de los últimos tres años en Chile, el hito fundamental radica en el movimiento estudiantil de 2011, que se despliega fundamentalmente entre los meses de mayo y octubre, sumando una paralización de actividades en numerosos colegios y universidades de hasta ocho meses. No es extraño que sea en la educación el espacio social donde estalle en Chile una crisis de malestar social relevante. En primer lugar, la educación se había instalado como el principio vivificante de la sociedad de las oportunidades que se promovía. La meritocracia sólo podía tener como unidad de medida la educación. Todo joven que se esforzara en su educación y tuviera éxito en su ciclo formativo, merecería ascender socialmente. En la medida que la educación se mostró falsa como espacio de oportunidades, reproduciendo las condiciones de desigualdad económica; la esperanza se transformó en dolor y éste en ilegitimidad. La segunda razón para señalar que la educación era un espacio fértil para el despliegue de energías contrahegemónicas es que se trata de una enorme masa a movilizar y con asociaciones de estudiantes relativamente organizadas. No se debe olvidar que los trabajadores sindicalizados en Chile sólo llegan al 13% de los asalariados. Y, por tanto, la suma total de sindicalizados en todo el país puede ser del mismo tamaño o incluso inferior a una protesta masiva de estudiantes. En tercer lugar, las asociaciones estudiantiles han tenido relevancia histórica en Chile y esa tradición es convocable con facilidad.

La hipótesis que se defiende es simple: Chile se repolitizará luego del desplome del ciclo político anterior, basado en la despolitización con una clase política que se quedó con la política aferrada en sus manos. Este proceso está en marcha y es irreversible, estructuralmente irreversible. La crisis de legitimidad que vivió el modelo no tiene posibilidad alguna de retorno. Se murió una era y con ella su hijo, el modelo económico. Por supuesto, las crisis de confianza son ambivalentes en el corto plazo. Después de la infidelidad, el traicionado suele perdonar. Pero desde ahí en más la vida se vuelve invivible, las sospechas y las dudas dejan fuera de juego toda confianza. El siguiente paso es llamar a la transparencia, que no hayan secretos. Todo está abierto al escrutinio del otro. La agotadora medida no construye relación, cada vigilancia es nuevo dolor, nueva precariedad. Finalmente la relación se debilita y muere. Lo mismo ocurrirá acá. Quizás el período inmediatamente posterior al movimiento estudiantil y puestos frente al desafío de ‘cambiarse de casa’, los chilenos elijan volver a su fracasado e infeliz matrimonio. Es siempre más cómodo, no hay que presentarse, no hay que contar la vida, no hay que pasar el riesgo de fracasar en la seducción. Pero finalmente cualquier estímulo recordará la desconfianza pasada, cualquier acto será sospechoso. La ciudadanía pedirá explicaciones, hará demandas, querrá hablar con el Presidente, pedirá leyes de transparencia y demostraciones de su naciente poder. Pero no faltará entre los poderosos quien cometa un error, quien retorne a las prácticas pasadas creyendo que el agua volvió al río. Y entonces sí se morirá el matrimonio.

Pues bien, ese Chile, el de más crecimiento y menos sociedad, había sido abolido el 4 de agosto. La Polar fue el rito sacrificial, pero no era el chivo expiatorio, no quedaban todas las empresas limpias por este gesto. Al contrario, las grandes empresas vivieron en ese instante la pérdida de su soporte básico, de su legitimidad esencial. Con esa quema se produjo el fin del lucro. Todo el dolor, toda la rabia, toda la impotencia de los ciudadanos, se habían hecho combustible, se tornaron fuego. Y se concentraron en la quema de La Polar, el 4 de agosto de 2011, momento vivido como reparador. Ese día Chile festejó una liberación. Toda liberación es, por definición, una muerte, el fin de un yugo. ¿Cuál es el yugo que cayó? El nombre que los chilenos le habían puesto a ese yugo era ‘lucro’, que significaba básicamente tres cosas: que hay enormes diferencias de poder entre los ciudadanos y las empresas, que estas últimas usan ese poder para beneficiarse en el proceso de creación de utilidades y que ese beneficio se asocia constantemente a un perjuicio al ciudadano. Normalmente esta relación ha sido construida como



problemática en la dimensión del mercado de bienes de consumo y particularmente en el endeudamiento a él asociado. La dimensión productiva, el trabajo, ha sido menos relevante como fuente de generación de malestar en todo este proceso.

El 4 de agosto se murió el modelo. No es su operación, no en sus instituciones, no en su brutal presencia día a día. El 4 de agosto se acabó el modelo en el alma de los chilenos. Desde ese día, los representantes del modelo se levantan como fantasmas. No es el fantasma del manifiesto comunista, que recorría acechante y anhelante la Europa del siglo XIX. Es el espectro de un muerto, otrora poderoso y absoluto, que se ha convertido en un pilar impertinente en medio de la nada. Porque los modelos pueden vivir sin haber consumado todos sus elementos materiales. Pero no pueden vivir sin algo que es el hálito divino que otorga existencia a cualquier ente social: la presunción de su existencia o, mejor dicho, del deber ser de su existencia. Los chilenos dijeron “esto no va más” y sencillamente no va más.

El derrumbe de las instituciones en el año 2011 fue clave para despojar de gran parte de su poder a los imperios económicos. Suena absurdo, porque, ¿en qué puede afectar la caída de confianza en la Iglesia católica o en la armada a los empresarios? Pues bien, el asunto es el siguiente. Sostener la enorme influencia de las empresas en la política nacional sólo era posible con un nivel máximo de ritualidad. Sin liturgia institucional, no hay maquillaje para los movimientos del capital. Lagos fue el presidente de los empresarios porque permitía honrar al dios de las instituciones (“dejar que las instituciones funcionen” decía) al mismo tiempo que su gobierno permitía y fomentaba toda clase de negocios de gran atractivo y garantizados resultados para los empresarios. Pues bien, las instituciones en Chile se desplomaron en un par de años y el 2011 el derrumbe fue con estrépito. El movimiento estudiantil fue en parte consecuencia, pero también catalizador de ese derrumbe. El movimiento estudiantil no reconoció los momentos institucionales, pues ellos habían sido utilizados con meros afanes litúrgicos en las experiencias anteriores de movilización (ejemplo claro fue el caso de los pingüinos). Y, ya caídas las instituciones, no quedó más alternativa que confiar en las personas, que es lo mismo que confiar en sí mismo. El movimiento estudiantil se orientó entonces a mostrar el vacío de las instituciones y a desenmascarar los actores e intereses que tras ellas se parapetaban. Y tuvo éxito. Desplomada la legitimidad del poder empresarial (“no al lucro” fue el eslogan clave del movimiento), derrumbada la aprobación del gobierno, caídas las instituciones; la fortaleza quedaba en un movimiento social que era ante todo ciudadano, pues luchaba por derechos sociales y culturales. Y los ciudadanos ganaron poder. La desigualdad no es sólo un diagnóstico sobre las diferencias existentes entre unos y otros. La desigualdad no es sólo una forma de reproducción de un orden injusto a partir de la educación, el prestigio, los valores o el pago de remuneraciones. Para que la desigualdad sea tan ostensiblemente brutal como lo es en Chile se requiere mucho más que sueldos muy diferentes y educación de diversa calidad. Es imprescindible que haya un vaciamiento de poder en la ciudadanía que sea capaz de concentrar ese poder en otro sitio, en el caso del modelo chileno, en el empresariado. Las operaciones de concentración de poder son diversas y muchas han sido ya enunciadas. No obstante, hay algunas operaciones que tienen la particularidad de acontecer en la esfera económica. En particular hay dos operaciones que han sido decisivas para la configuración de una enorme capacidad operacional de los grupos económicos sobre la sociedad. La primera es la integración vertical y la segunda es cierta particularidad de la tributación chilena que es enormemente beneficiosa para quienes tienen más recursos.

La operación de traducción del poder económico del empresariado en una desmesurada capacidad de control tanto del escenario político como del escenario económico se sitúa en la doble capacidad que la legislación chilena permite a las grandes empresas para controlar desde ellas la relación con el mercado y con el Estado.

A mi juicio las movilizaciones sociales, particularmente las estudiantiles, datadas en 2011 serán la clave para el derrumbe de la arquitectura institucional y de legitimidad de operación del modelo libremercadista. El año 2011 se da curso a un ciclo de movilizaciones sociales que sobrepasa ese año y

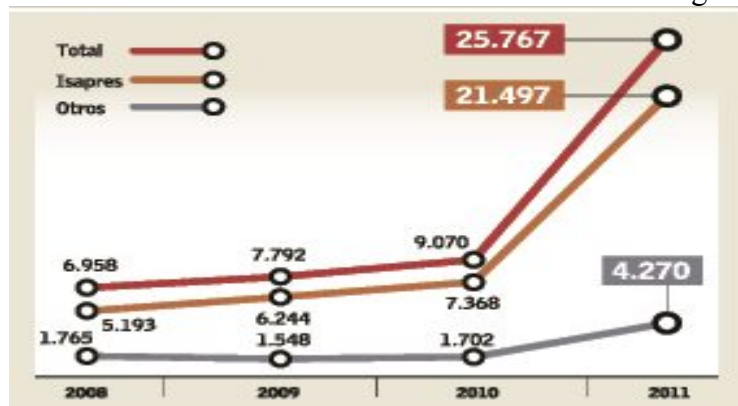
llega a 2012: Hidroaysén, estudiantes, Calama, Aysén y Freirina. Gran parte de esas movilizaciones han sido exitosas en sus resultados. Hidroaysén es un proyecto semiparalizado, en Calama se ha tenido que aumentar el gasto en bonos sindicales para mitigar el malestar, en Aysén se tuvo que aceptar el petitorio y en Freirina se cerró la planta en entredicho. El caso de los estudiantes es más complejo (los estudiantes no reconocen triunfo alguno), pero en una mirada panorámica es evidente que el gobierno tuvo que dejar de lado su propia agenda educativa, estatizó los créditos, se están cerrando universidades privadas, aumentó la regulación estatal y el presupuesto para el tema. No es raro entonces que la legitimación de la protesta haya aumentado en estos años, no obstante la enorme cantidad de críticas a la habitual violencia en ellas.

Tabla 1: Nivel de legitimidad de la protesta pública como forma de expresar descontento

Las protestas públicas son una manera adecuada de plantear descontento o desacuerdo	2009 (Cies)	2012 (Chilescopio-Lapsos)
Muy de acuerdo	37,2%	62%

El cambio desde una perspectiva crítica hacia una conducta crítica ha sido evidente desde el inicio del ciclo de movilizaciones. Los reclamos o juicios a empresas se han multiplicado. Un caso emblemático es el aumento de recursos de protección contra las Isapres.

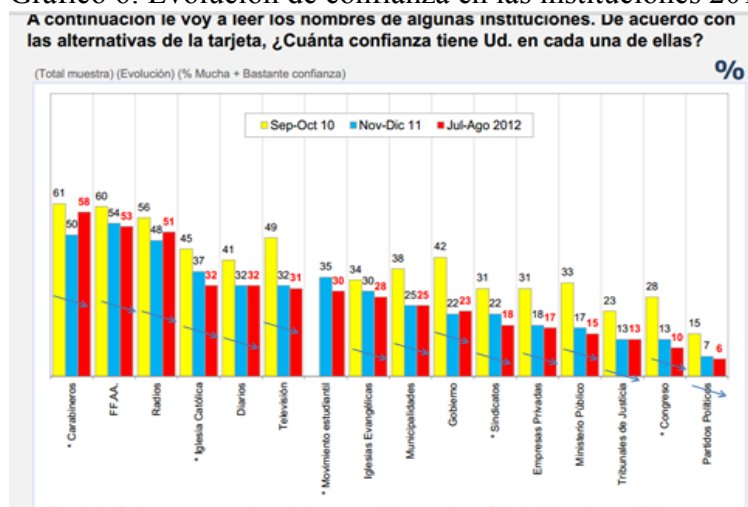
Gráfico 4: Recursos de Protección en Corte de Santiago contra las ISAPRES (2008-2011)



Nota: En El Mercurio lunes 27 de febrero de 2012, C9. Fuente: Poder judicial

Pero también la desconfianza en las instituciones públicas ha sido importante, generando cada vez más distancia entre la ciudadanía y ellas. El distanciamiento en el vínculo entre ciudadanía e institucionalidad se ha visto reflejado en diversos datos. La encuesta CEP muestra una caída general de las instituciones luego del ciclo de movilizaciones.

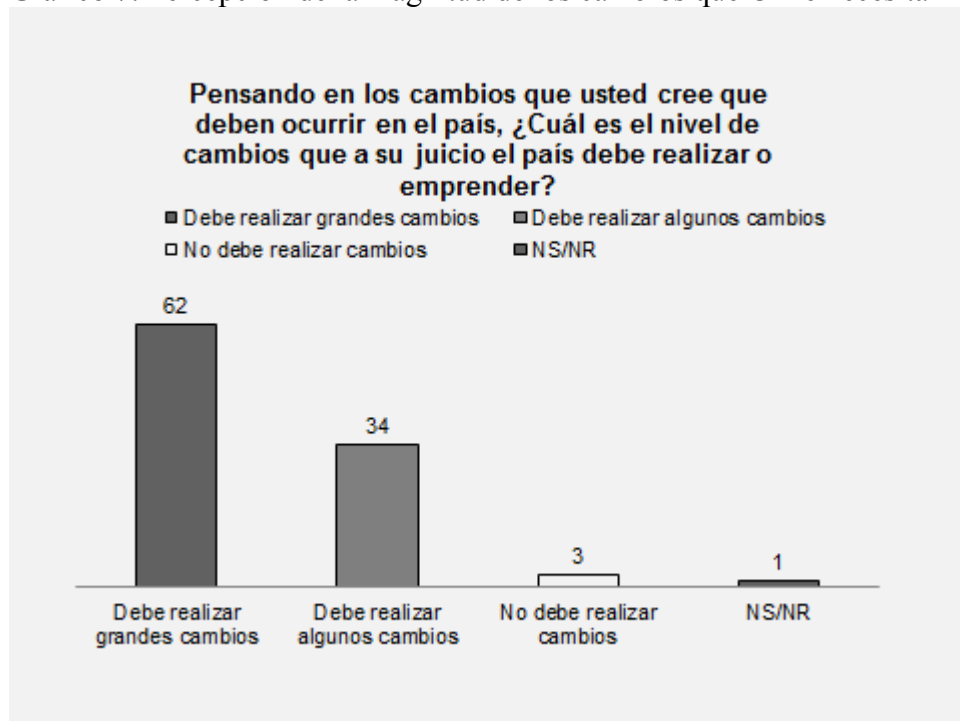
Grafico 6: Evolución de confianza en las instituciones 2010 a 2012



Fuente: Encuesta CEP septiembre 2012

En definitiva, la magnitud de los cambios que los chilenos desean parece haber aumentado. Sin embargo, una mirada más profunda revelará que en rigor se trata simplemente que el aumento de la viabilidad de los cambios ha sido un factor relevante a la hora de tener una actitud más crítica. De hecho, la magnitud de los cambios que la sociedad chilena ha solicitado para el país se ha mantenido estable. En 2012 estos fueron los resultados de la encuesta LapSoS-Chilescopio:

Gráfico 7: Percepción de la magnitud de los cambios que Chile necesita

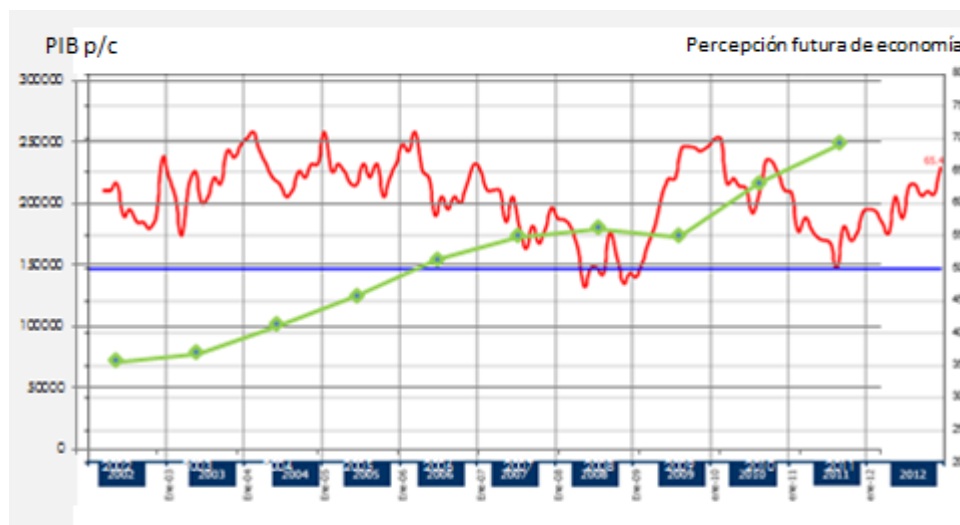


Fuente: Encuesta LaPSoS-Chilescopio 2012

Estos resultados no fueron muy diferentes a los vistos en la encuesta del CIES de 2009, donde la mirada promotora de grandes reformas al modelo económico o su sustitución total sumaban 64%. En este sentido, gran parte de la diferencia radica en que el anclaje individualista de la fantasía que vinculaba los procesos de crecimiento económico con las altas expectativas parece haberse fracturado.

En las investigaciones del CIES se detectó una fuerte tendencia a la fantasía, representada por una imagen distorsionada a diez años plazo, que multiplicaba por dos o tres veces la posición actual. Irónicamente, quienes tenían menos probabilidad de ascender, eran quienes más creían que lo lograrían. La ideología del emprendimiento parece haber sido el cemento de este proceso, haciendo de nexo entre los datos macroeconómicos y las esperanzas subjetivas. El siguiente gráfico muestra dos datos conjuntos: la percepción de la situación futura familiar (en rojo) y el PIB per capita (en verde). Si se observa, las expectativas se mantuvieron altas siempre que el PIB aumentaba y bajaban radicalmente cuando el PIB se estancaba, como ocurre en la crisis de 2008. Apenas comienza a vislumbrarse el fin de la crisis, las expectativas aumentan (2009). Sin embargo, la excentricidad se produce en 2011, cuando un importante aumento del PIB per capita no se traduce en aumento de expectativas, sino en todo lo contrario, habiendo una significativa caída de ellas, que sólo se recupera en 2012 a la mitad de año, cuando se acaba el ciclo de movilizaciones en Chile.

Gráfico 8: Evolución PIB/pc y percepción económica futura



Fuente: LaPSoS (economía y política) a partir de datos de Adimark y Banco Mundial

Este desacople que en 2011 se produce entre la percepción futura de la economía familiar y las condiciones estructurales comienza a plasmar de modo cada vez más directo la ‘paradoja’ que ha sido vista entre lo micro y lo macro. Sin embargo, en este caso la paradoja se comienza a dar entre lo macroeconómico y el ámbito de las expectativas subjetivas, constituyéndose un clivaje entre desarrollo a nivel de la ciudadanía y desarrollo a nivel del capital. Este ámbito de desacople no se había dado con anterioridad, no obstante la paradoja entre desarrollo y malestar se había observado y enunciado (desde 1998 con el informe del PNUD). Según la tesis de Mayol, este proceso guardaría relación con la reducción de la capacidad hegemónica de la cultura del emprendimiento y la expectativa meritocrática, que habría estado funcionando como conector ideológico entre los rendimientos macroeconómicos y la producción de sentido micro. La encuesta Bicentenario de la Universidad Católica sería un excelente barómetro para apreciar este fenómeno.

Tabla 2: Expectativas de igualdad de oportunidades según mérito (capacidades y esfuerzo) personal

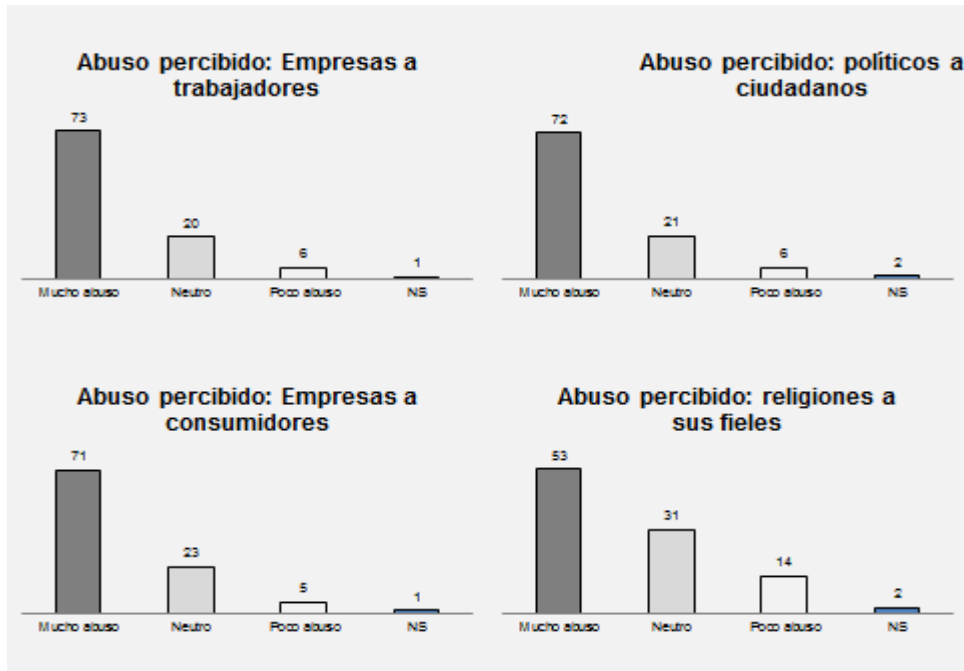
¿Cuál es la probabilidad de?	Año 2009	Año 2011	Año 2012
Que un joven inteligente, pero sin recursos, pueda ingresar a la universidad:	52%	45%	36%
Que cualquier persona pueda iniciar su negocio y establecerse independientemente:	51%	43%	31%
Que alguien que tiene una empresa pequeña pueda convertirla en una empresa grande y exitosa:	49%	40%	32%
Que una persona de clase media pueda llegar a tener una muy buena posición económica:	49%	34%	29%
Que un pobre salga de la pobreza:	27%	17%	17%

Fuente: Encuesta Bicentenario UC

A este proceso de cambio en el sentido común, presunta crisis hegemónica y reducción de la legitimidad del orden social es a lo que denominamos “el derrumbe del modelo”. Aun cuando los modelos económicos requieren menos procesos de legitimación que un orden político, igualmente tienen exigencias de base, que en el caso chileno podrían haber quedado en cuestión desde 2011. De este modo, a partir de las movilizaciones de ese año, una serie de discusiones se han producido respecto a los beneficios y perjuicios del modelo chileno, que han supuesto una revisita al concepto de ‘modelo’ y a la arquitectura institucional de Chile, incluyendo la discusión sobre una posible asamblea constituyente.

Gran parte de la crítica social se ha anclado cualitativamente en la noción de ‘abuso’, que comienza a aparecer en los estudios desde el año 2003 y que se consolida en 2011. Es importante la aparición del abuso en la escena de consumo, que operaba como zona de libertad y goce, que compensaba a la escena laboral de coacción y daño. La medición de LaPSoS en 2012, junto a ChilescoPIO, revela que la percepción de abuso de las empresas a consumidores casi iguala a la percepción de abuso entre empresas y trabajadores (estando en la misma magnitud que el abuso percibido desde políticos a ciudadanos).

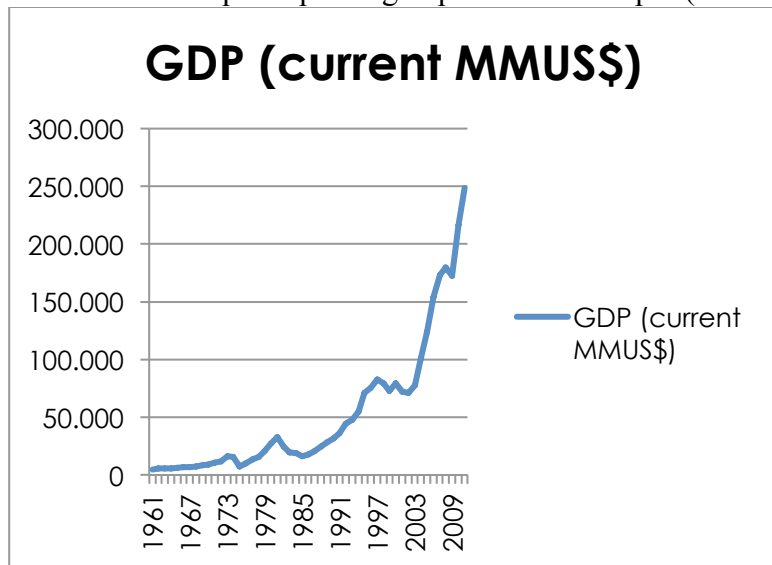
Gráficos 9, 10, 11 y 12: Abuso percibido en distintas relaciones sociales



Fuente: LaPSoS-Chilescopio 2012

Irónicamente, este ciclo de impugnación se produce en medio de una significativa bonanza económica: el PIB vive un ciclo de crecimiento que lo ha llevado a aumentar más de 3 veces en 10 años, el desempleo ha llegado a su punto más bajo desde febrero de 1998. A ello debemos sumar un positivo ciclo de crecimiento del valor de las materias primas (si en el año 2000 la libra de cobre estaba a US\$1 promedio, en 2011 el precio ha estado rondando los US\$4 en promedio, según los datos oficiales del Banco Central de Chile). El consumo en Chile ha crecido un 7% el año 2012 (según la Cámara de Comercio de Santiago), principalmente en consumo conspicuo (alimentos no ha aumentado, pero sí un 40% la compra de calzado), indicador clásico de una cultura postmaterial (siguiendo a Inglehart). La venta de vehículos livianos creció un 22% en enero de 2013 (Asociación Nacional Automotriz, ANAC), aparentemente influenciado por los fuertes bonos en las zonas mineras (la región de Atacama creció un 24%).

Gráfico 13: PIB/per capita según paridad de compra (en millones de dólares)



Fuente: Banco Mundial

Gráfico 14: Evolución 1986-2012 tasa de desempleo en Región Metropolitana



Fuente: Facultad de Economía y Negocios Universidad de Chile

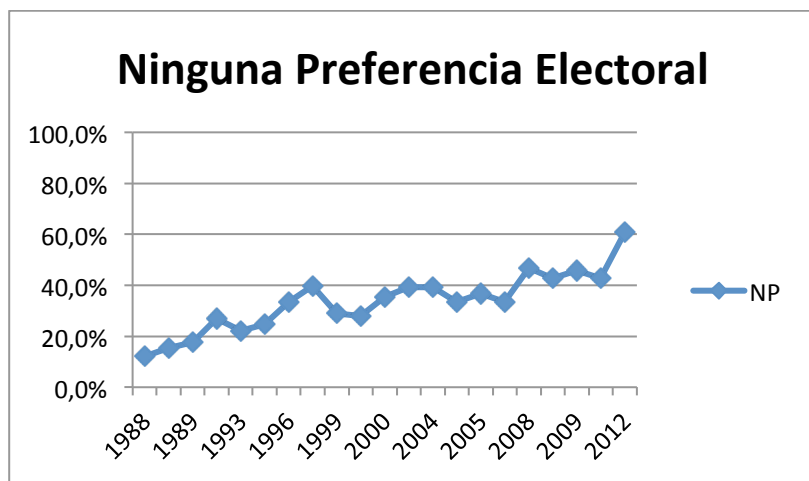
Según la Corporación de Bienes de Capital, los planes de inversión privada desde 2012 a 2016 suman US\$75.587 millones en todo el país, subiendo dos mil millones de dólares respecto al quinquenio anterior (El Mercurio, 22 de mayo de 2012, B8), esperándose un efecto dinamizador. Casi el 50% de estas inversiones serán en zonas mineras y otro 30% corresponde a energía, gran parte de la que está destinada a los sectores mineros.

Chile se ha consolidado además con un elevado desarrollo humano, el más alto de la región<sup>1</sup>. Ha sido también referido sistemáticamente como un caso de éxito en Latinoamérica<sup>2</sup>. Sin embargo, bastará observar que aquellas regiones donde más inversión y aumento del PIB ha existido, para apreciar la contradicción. Los “habitantes de principales zonas mineras le ponen nota entre 3,3 y 4,5 a la calidad de vida de sus ciudades” (El Mercurio, 9 de mayo de 2012, B1), según un estudio de la Cámara Chilena de la Construcción (CChC).

La posibilidad de explicarse cómo en un ciclo de bonanza económica sin precedentes, donde además el país ha sorteado sin grandes complicaciones dos procesos de crisis internacional (2008 y 2011); se ha producido un aumento de la conflictividad social, un ciclo de movilizaciones sociales importante que ha supuesto una crítica relevante al sistema político (coaliciones políticas en mal pie, la más baja aprobación presidencial desde que se mide y la mayor abstención electoral desde que hay universalidad en las votaciones).

El siguiente gráfico muestra la evolución en los últimos años de todos los potenciales votantes que no marcaron ninguna preferencia en la correspondiente elección.

Gráfico 15: % de potenciales votantes que no marcan ninguna preferencia



En definitiva, las intensas movilizaciones sociales en 2011 y 2012 (que algunos como Salazar observan como estadios pre-revolucionarios), la fuerte impugnación política, las crecientes demandas sociales, el aumento de los reclamos y críticas a las empresas como proveedoras de servicios o como espacios de empleo; ha sido visto por algunos como un ciclo de indignación equivalente a otros a nivel mundial (España), como movimientos sobre desigualdad (movimiento del 99% en estados Unidos) o como el clásico proceso de aumento de expectativas propio de los países en camino al desarrollo (tesis de Libertad y Desarrollo, Cristián Larroulet, Jovino Novoa, Eugenio Guzmán, entre otros). Es interesante notar que los estallidos violentos no se han expresado en la población que más vulnerable, sino en capas medias y medias bajas. De cualquier modo, los estallidos de violencia sí sean producido en zonas de menor participación en los beneficios del sistema: colegios de bajo presupuesto, barrios perjudicados, zonas de escasa calidad del transporte. También algunos estallidos de violencia se han visto en procesos de agudización de los permanentes estallidos testimoniales derivados de las heridas

<sup>1</sup> PNUD, (2010) Informe de Desarrollo Humano 2010, “La verdadera riqueza de las naciones: Caminos al desarrollo humano”. Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, 2010. Disponible además en: [http://hdr.undp.org/en/media/HDR\\_2010\\_ES\\_Complete.pdf](http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2010_ES_Complete.pdf), revisado Mayo 2011.

<sup>2</sup> Durante 2011, Hillary Clinton y Mario Vargas Llosa, cuando menos influyentes referentes de la política mundial y regional, señalaron a Chile como un ejemplo a seguir para América Latina.



abiertas en el pasado dictatorial. En Chile, sistemáticamente, se conmemoran algunos días de importancia simbólica de la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), como el 11 de septiembre (día del Golpe de Estado en 1973), el 29 de marzo (día del joven combatiente, en homenaje a los hermanos Vergara, asesinados en 1985), el 1 de mayo (día de los trabajadores, que fue convertido por Pinochet en el día del trabajo), entre otras fechas. Estas fechas han incrementado su efervescencia durante el ciclo de movilizaciones de 2011 y 2012.

No ha sido hasta el momento clara la comprensión de la forma en que se producen los procesos en que los estallidos sociales salen de los canales institucionales y cuándo vuelven a ingresar. Tampoco es claro el modo en que se debate la subjetividad en medio de presiones tan ambivalentes: la utopía del crecimiento por el camino ya existente o la utopía del cambio social por un nuevo camino más igualitario. Tampoco es claro el modo en que las rutas de descontento social o desacuerdo político se traducen en movilizaciones sociales masivas y el modo en que entran o salen del proceso de institucionalización. En definitiva, el proceso aquí descrito cuenta con una serie de datos ya existentes, pero todavía cuesta comprender la textura específica que adquiere el modo de politización o despolitización del descontento social. Tampoco se sabe en qué condiciones el Estado y/o la institucionalidad se transforma en un 'otro' con el cual generar un conflicto; y en qué condiciones el Estado y/o la institucionalidad transitan el camino que los convierte en espacio de tematización de los procesos de descontento, evitando su traspaso a formas de impugnación.

Las intensas movilizaciones sociales en 2011 y 2012 (que algunos como Salazar observan como estadios pre-revolucionarios), la fuerte impugnación política, las crecientes demandas sociales, el aumento de los reclamos y críticas a las empresas como proveedoras de servicios o como espacios de empleo; ha sido visto por algunos como un ciclo de indignación equivalente a otros a nivel mundial (España), como movimientos sobre desigualdad (movimiento del 99% en estados Unidos) o como el clásico proceso de aumento de expectativas propio de los países en camino al desarrollo (tesis de Libertad y Desarrollo, Cristián Larroulet, Jovino Novoa, Eugenio Guzmán, entre otros). Es posible que todas estas interpretaciones sean ciertas a la vez. Lo cierto es que desde el inicio del ciclo de movilizaciones, aparecen datos que se comportan de modo diferente. Por ejemplo, en 2011, un importante aumento del PIB per capita no se traduce en aumento de expectativas, sino en todo lo contrario, habiendo una significativa caída de ellas, que sólo se recupera en 2012 a la mitad de año, cuando se acaba el ciclo de movilizaciones en Chile. Este desacople no se verifica antes. La 'paradoja' que vislumbró el PNUD en 1998 se traduce en una distancia entre lo macroeconómico y el ámbito de las expectativas subjetivas, constituyéndose un clivaje entre desarrollo a nivel de la ciudadanía versus desarrollo a nivel del capital (esta es la base de la crítica al lucro). Este ámbito de desacople no se había dado con anterioridad, no obstante la paradoja entre desarrollo y malestar se había observado y enunciado, como se ha dicho, en 1998. Hay datos para sostener que este proceso guardaría relación con la reducción de la capacidad hegemónica de la cultura del emprendimiento y la expectativa meritocrática, que habría estado funcionando como conector ideológico entre los rendimientos macroeconómicos y la producción de sentido micro. Ante este escenario de déficit hegemónico, las aporías y deficiencias del modelo económico en su relación con la sociedad (educación, salud, pensiones, desigualdad) quedan al desnudo. A este proceso se ha denominado "el derrumbe del modelo". Aun cuando los modelos económicos requieren menos procesos de legitimación que un orden político, igualmente tienen exigencias de base, que en el caso chileno podrían haber quedado en cuestión desde 2011. El derrumbe descrito es un proceso de crisis de legitimidad que plantea desafíos políticos que no está en condiciones de resolver, generando un escenario de permanentes contradicciones hasta su propio agotamiento.

---

<sup>i</sup> Gonzales, Julio y Videla, Myrna. “La Sindicalización en Chile: Una mirada desde la globalización y la necesidad de acción colectiva”, en: Revista de Ciencia Política, 18, marzo de 2013. Ver: <http://revcienciapolitica.com.ar/num18art6.php>, visto el 27.5.2013.

<sup>ii</sup> Narbona, Karina, Paez, Alexander, Tonelli, Patricio. “Precariedad Laboral y Modelo productivo en Chile”. Serie “Ideas para el Buen Vivir”. Fundación SOL, Santiago de Chile, 2011. Ver: <http://www.fundacionsol.cl/wp-content/uploads/2011/12/Ideas-1-Tendencias-del-Trabajo2.pdf>, visto el 27.5.2013.

<sup>iii</sup> La Segunda internet, 18 de marzo de 2013

<sup>iv</sup> El Mercurio, lunes 1 de abril de 2013.

<sup>v</sup> En Chile el 25% de las ventas del retail se realiza en centros comerciales, cifra que supera a otros países latinoamericanos como Perú, México, Brasil, Argentina y Colombia. En nuestro país tenemos una mayor área rentable por cada 100 mil habitantes, según muestran las cifras de cámaras de comercio de dichos países, citado por El Mercurio, 20 Marzo 2013.

<sup>vi</sup> La tercera, 19 de marzo de 2013.

<sup>vii</sup> Fuente: análisis propio de la encuesta CASEN 2011, en: *El Desconcierto*, marzo de 2013.

<sup>viii</sup> Banco Central de Chile, “Endeudamiento de los hogares en Chile: Análisis e implicancias para la estabilidad financiera”, en: Informe de Estabilidad Financiera, primer semestre 2010. Ver: [http://www.bcentral.cl/publicaciones/recuadros/pdf/ief/2010/ief2010\\_1endeudamiento.pdf](http://www.bcentral.cl/publicaciones/recuadros/pdf/ief/2010/ief2010_1endeudamiento.pdf), visto el 27.5.2013.

<sup>ix</sup> Superintendencia de Bancos e Instituciones Financieras SBIF.

<sup>x</sup> Fundación Terram, “Eduación 2013”. Fundación Terram, Santiago de Chile, septiembre de 2011. Ver: [http://www.terram.cl/images/storiesterram\\_educacion\\_final2011\(1\).pdf](http://www.terram.cl/images/storiesterram_educacion_final2011(1).pdf), visto el 27.5.2013.

<sup>xi</sup> Mayol, Alberto, *No al lucro*. Debate, Santiago de Chile, 2012.

<sup>xii</sup> Según se informa en la cuenta pública del Servicio Nacional del Consumidor del año 2012, en materia de reclamos, durante los últimos tres años se evidencia un alza, pasando de casi 207 mil quejas el 2010 a casi 324 mil en 2012, es decir, un aumento de casi un 57%.

<sup>xiii</sup> Revista Capital, 17 de mayo de 2013.